

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Tomo LXXVII. - MAYO-AGOSTO DE 1997. - CUADERNO CCLXXI

«Metafísico estáis» (y el sentido de los clásicos)

«En un lugar de la Mancha» es frase que buena parte de los españoles lleva hoy en la memoria y reconoce como primera del *Quijote*. No pasarán de un puñado, en cambio, quienes adviertan que *lugar* no significa ahí 'sitio' o 'paraje', sino 'localidad', y, más precisamente, 'población pequeña, menor que villa y mayor que aldea', dentro de un orden jerárquico bien establecido, en la concreta gradación que habría permitido a Sancho «averiguar si era ínsula, ciudad, villa o lugar la que gobernaba» (II, 54, fol. 205^v).¹ La voz responde, pues, a la tercera y la cuarta acepción, no a la segunda, de la Real Academia Española (desde el *Diccionario de Autoridades*), exactamente igual, pongamos, que cuando el narrador del *Persiles* evoca «un lugar, no muy pequeño ni muy grande, de cuyo nombre no me acuerdo» (III, 10, fol. 155^v).

Al imprescindible Rodríguez Marín se le antojó que la frase en cuestión era reminiscencia de una ensalada del *Romancero*

¹ Las referencias a las obras de Cervantes recogen la indicación del folio correspondiente en las primeras ediciones; en el caso del *Quijote*, ese folio aparece consignado en el texto del Instituto Cervantes (Barcelona, Crítica, 1997), cuyas lecturas y puntuación se siguen en las citas modernizadas y donde se hallarán orientaciones bibliográficas sobre diversos extremos aquí sin documentar.

general: «Un lencero portugués, / recién venido a Castilla, / más valiente que Roldán / y más galán que Macías, / en un lugar de la Mancha, / que no le saldrá en su vida, / se enamoró muy de espacio / de una bella casadilla...» No cabe dar crédito ni a don Francisco ni al general asentimiento de los cervantistas. Ni siquiera «por caso de cerebración inconsciente» se comprende que a Cervantes se le vinieran a la cabeza unas palabras mondas (aún) de cualquier singularidad, producto imperceptible de la combinatoria más trivial del idioma. De ningún modo podía contar tampoco con que nadie las identificara como una cita, porque la tal ensalada no tuvo mayor popularidad, y el verso era demasiado anodino para que el común de los lectores, incluidos los más entusiastas del *Romancero general*, captara la presunta alusión.² Obraremos cuerdatamente si archivamos la propuesta.

Al revés que el octosílabo de marras en 1605, el comienzo del relato y no pocos otros retazos del *Quijote* sí forman parte del español de nuestros días.³ No ya simplemente del repertorio de datos, ideas e imágenes que le es anejo, no ya de la cultura o 'enciclopedia' que acompaña a una inmensa proporción de quienes lo hablan, sin necesidad de haber leído nunca a Cervantes, sino de la lengua propiamente dicha, de la compleja realidad de la lengua como conjunto de palabras y hechos, estructuras y saberes: a idéntico título, pues, que un refrán, un modismo o cualquier locución equiparable que tienda a ser siempre reproducida en los mismos términos o deba transparentarse por detrás de otros.

² J. López Navío y, tras él, Vicente Gaos apoyan el parecer de Rodríguez Marín arguyendo que «el verso 'que no le saldrá en la vida' (de la memoria), es decir, 'que nunca lo olvidará', equivale a la segunda parte de la frase de Cervantes: 'de cuyo nombre no quiero acordarme'» (V. Gaos, ed. *Don Quijote*, Madrid, 1987, *ad locum*, contra la ponderada opinión de G. Stagg). En absoluto: el verso quiere decir 'que no se le quitará', 'que será una mancha que jamás se le limpiará'.

³ Léase el bonito testimonio de Alejo Carpentier en *Los pasos perdidos*, III, 8, en *Obras completas*, México, 1983-87, II, pág. 207. Varios otros se hallarán, por ejemplo, en las *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas (Nápoles, 4-9 de abril de 1994)*, Nápoles, 1995, págs. 741, 819, etc.

La entrada de la obra literaria en el dominio público paga a menudo la gabela de una distorsión sin remedio. En el marco de la lengua, la frase *En un lugar de la Mancha* (o, en los últimos años, *de La Mancha*) repite la letra pero no el espíritu de la frase «En un lugar de la Mancha» en el marco del *Ingenioso hidalgo*. Otras expresiones del mismo origen se atienen al espíritu mientras falsean la letra. El vocabulario académico recoge *desfacedor de entuertos* (dizque «familiar e irónico» por ‘deshacedor de agravios’),⁴ y prosista tan por encima de sospecha como Unamuno no muestra ningún reparo en escribir que Schopenhauer «buscaba ... vengar un entuerto».⁵ Claro es que ni *entuerto* como ‘agravio’ ni el manoseadísimo giro aparecen jamás en la pluma de Cervantes: desde el soneto «De Solisdán...» (I, fol. ¶¶8), el remedo arcaizante que se oye en el mundo de don Quijote es *desfacer* y sobre todo, naturalmente, *enderezar tuertos*.⁶ No podía ser de otra manera, porque antes del siglo XVIII la forma *entuetos*, no recogida en Covarrubias ni en *Autoridades* ni en su heredero de 1780, solo se documenta con el valor de ‘dolores de vientre que suelen sobrevenir a las mujeres poco después de haber parido’.⁷ Pero tam-

⁴ Mejor la glosa de Ramón Gómez de la Serna, *Automoribundia*, Buenos Aires, 1948, pág. 296: «desfacedores de entuetos, con moral y equidad propia, sin otra ambición que la sosegada pesquisa del crimen de los ambiciosos capaces del crimen y robo».

⁵ M. de Unamuno, *En torno al casticismo*, III, II, en *Obras completas*, ed. M. García Blanco, III (Madrid, 1958), pág. 234.

⁶ En 1512 *tuerto* se sentía ya tan anticuado, que la edición sevillana del *Zifar* lo sustituye sistemáticamente por *agravio* (J. M. Lucía Megías, en *Libro del caballero Zifar. Estudios...*, Barcelona, 1996, pág. 132 y n. 127).

⁷ No sé si es dialectalismo, lapsus del escribano o yerro del transcriptor la supuesta excepción que se lee en las cuatrocentistas *Ordenanzas de Barbastro*: «hombre que fazies’ entuerto ad algún vecino de la çidat» (ed. M. de Pano, *Revista de Aragón*, III, 1902, pág. 912). Descuido de copia hay desde luego en ciertos versos presentados como procedentes de unas celebraciones de 1737: «Soy deshacedor de entuetos [sic], / soy [sic] salsa de todo almodrote / y risa de los despiertos...» (en M. L. Lobato, «El *Quijote* en las mascaradas populares del siglo XVII», *Cervantes. Estudios en la víspera de su centenario*, ed. K. Reichenberger, Kassel, 1994, II, pág. 578).

En los siglos XVII y XVIII, la frecuente presencia de don Quijote en moji-gangas y otras diversiones similares se acompañaba a menudo de motes con

bién es verdad que la conversión de *tuertos* en *entuertos* no altera sensiblemente el alcance de la acuñación,⁸ que trasiega con acierto a la vida diaria un rasgo notable del *Quijote*.

La tercera posibilidad relevante es que en el camino del uno a la otra acaben maltrechos tanto la letra como el espíritu de la novela. «Con la iglesia hemos dado» no pasa en el *Ingenioso caballero* (II, 9, fol. 30^v) de una constatación sanchopanesca de don Quijote, viajero extraviado en una noche del Toboso espetada de ladridos, rebuznos, gruñir de puercos y maullar de gatos. En la lengua moderna, *Con la Iglesia hemos topado* se dice cuando con quien topamos (y no sencillamente *damos*) es con los muros más humanos que divinos de los ministros del Señor *in hac lacrimarum valle* o con las conveniencias y las exigencias de cualquier otra institución o potestad. Es, con todo, una legítima aplicación metafórica (y meto-

alusión a los *tuertos* («Hoy se deshace un gran tuerto», «gran desfacedor de tuertos», «por desfacer este agravio / y enderezar este tuerto»; *ibidem*, págs. 591, 593), y cosa muy parecida ocurría en el teatro de burlas (véase solo el *Entremés de las aventuras del caballero don Pascual del Rábano*, de hacia 1640: «¡Desfaced aqueste tuerto! / —Facerle, yo le ficiera, / mas desfacerle pedildo / a los santos de la Igreja, / no a caballeros andantes / que facer tuertos profesan. / —Tuerto es 'agravio', señor»; ed. R. Senabre, en *Estudios sobre literatura y arte dedicados al profesor Emilio Orozco Díaz*, III, Granada, 1979, pág. 356).

Esos entretenimientos debieron de contribuir a popularizar la expresión todavía más que la misma novela cervantina. Como sea, en ellos tropiezo con el caso más antiguo que conozco de confusión deliberada entre *tuertos* y *entuertos*, en una parodia quijotesca de 1687: «todo su estudio [de un médico] es en los libros de caballerías, y en particular el de Don Quijote, y los enfermos que cura con más afición son *las paridas*, por *desbacer entuertos*» (*apud* A. Egido, «Foresta de vejámenes universitarios granadinos (siglos XVII-XVII)», *Bulletin Hispanique*, XCII, 1990, pág. 320); y en ellos con el primer ejemplo del uso impropio generalizado en la actualidad, en el sainete *Las caperuzas de Sancho* (1776) «desfáganse entre todos / tales entuertos... / sin que haya agravios...» (en J. Montero Reguera, «Imitaciones cervantinas en el teatro español del siglo XVIII», *Actas del Tercer coloquio de la Asociación de Cervantistas* (1990), Barcelona, 1993, pág. 126).

⁸ Otra cosa es que *entuertos* haya llegado a colarse incluso en las ediciones del *Quijote*, como, recientemente, en la prologada por Alberto Sánchez, Barcelona, 1976, págs. 111 y 321.

nímica), y peca de severo el insigne patólogo C. J. Cela prescribiendo «baños de asiento con coca-cola light» a algunos afectos del síndrome de «topaditis». ⁹ La distorsión formal resulta asimismo ligera y bien inteligible, porque la idea de 'encontronazo y golpe' aneja al nuevo contenido semántico es primaria en *topar(se)* y circunstancial en *dar(se)*, al par que el cambio en el participio consigue las ocho sílabas de regla en las paremias. ¹⁰ El único aspecto delicado del trasvase entre el libro y la lengua se nos ofrece cuando, según ocurre a cada paso, leemos el capítulo noveno de la *Segunda parte* llevando a cuestras el valor usual de la frase en el español contemporáneo.

⁹ «Don Leoncio Capareiros Argujillo, alía Campeón, ... se quitó el colesterol y se curó la topaditis comiendo todas las mañanas tres nueces ligeramente verdes en ayunas, la topaditis es una enfermedad de la vista de origen nervioso que se manifiesta porque el paciente, al leer el *Quijote*, ve 'con la iglesia hemos topado, Sancho' donde Cervantes dice 'con la iglesia hemos dado, Sancho', la dolencia tampoco tiene mayor importancia y a veces hasta se cura sola con un poco de reposo y baños de asiento con coca cola light» (C. J. Cela, «El arte de freír huevos y la buena maña de comérselos», en *ABC*, 4 de mayo de 1997).

¹⁰ V. Gaos estima que *topado* pudo introducirse por influjo del «topase con ese alcázar» de diez o quince líneas después: demasiada distancia, probablemente, para una contaminación. No creo que la frase, todavía no comentada por Clemencín (1833-1839), entrara en el caudal del español corriente del brazo de las interpretaciones esotéricas del *Quijote*, que sin duda la llevaron sistemáticamente a su molino (así el coronel Baldomero Villegas del Hoyo, *La revolución española. Estudio en que se descubre cuál y cómo fue el verdadero ingenio de D. Quijote y el pensamiento del simpár Cervantes*, Madrid, 1903: «muchas veces he oído comentar este caso en el sentido que tiene: que la Iglesia era ... en la vida real un elemento contrario a la regeneración de la patria», etc.). Frente al *topado* ordinario (en diez días, lo encuentro en C. J. Cela, como título de un artículo de la excelente novelista Rosa Regás, *El País*, Barcelona, 25 de abril de 1997, suplemento de Cataluña, pág. 2, y en otro de Francisco Umbral, *Leer*, núm. 88, abril-mayo de 1997, pág. 54), incluso en alusiones sin cita («Aquí espero al mensajero Sancho, en esta plaza, con sus evónimos provincianos, azorinescos, su iglesia de piedra rojiza, en la que caballero y escudero vendrán a topar en la noche»; Antonio Tovar, *Ensayos y peregrinaciones*, Madrid, 1960, pág. 259), suena a ultracorrección el «Con la Iglesia hemos tropezado» en la novela *Ana-Franca* (1940) de Vicente Ferraz y Castán (*apud* S. A. López Navia, en *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, pág. 739).

En él, como fuere, bien claro está que la letra de Cervantes suena a veces sin el espíritu, el espíritu sopla sin la letra o aun sucede que ninguno de los dos se respeta y, no obstante, el *Quijote* sigue en el trasfondo de una locución o sintagma lexicalizado. No voy a extender la tipología ni el recuento. «Molinos de viento», «la razón de la sinrazón», «cual *no* digan dueñas», «pobre pero honrado»... nos darían tela cortada para rato. Queden los casos indicados como simples puntos de referencia para examinar con menos prisas uno de las reverberaciones cervantinas más asendereadas y peor entendidas. Está en los preliminares al *Ingenioso hidalgo* (fol. ¶¶8^o), en el espléndido «Diálogo entre Babieca y Rocinante», cuando el corcel pontifica: «Metafísico estáis», y puntualiza el jamelgo: «Es que no como».

No hay hispanohablante de mínima lectura a quien el endecasílabo no sea familiar, pero no sé que haya merecido la atención de ningún filólogo. Los editores del *Quijote*, que no suelen serlo, vuelan sobre el pasaje sin dedicarle ni atisbos de una glosa. Solo el bueno de Vicente Gaos lo anota haciendo suya la reflexión de Madariaga que después copiaremos y enviando al lector a cierto artículo de Leopoldo Eulogio Palacios, precisamente en el *ABC* (Madrid, 18 de abril de 1961), sobre «Hambre y metafísica». El escolio, en su misma precariedad, hace justicia a la situación. Para intentar corregirla, volvamos al contexto:

DÍALOGO ENTRE BABIECA Y ROCINANTE

SONETO

- B.* ¿Cómo estáis, Rocinante, tan delgado?
R. Porque nunca se come, y se trabaja.
B. Pues ¿qué es de la cebada y de la paja?
R. No me deja mi amo ni un bocado.
B. Andá, señor, que estáis muy mal criado,
 pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.
R. Asno se es de la cuna a la mortaja.
 ¿Queréislo ver? Miraldo enamorado.
B. ¿Es necedad amar? *R.* No es gran prudencia.

- B. Metafísico estáis. R. Es que no como.
 B. Quejaos del escudero. R. No es bastante.
 ¿Cómo me he de quejar en mi dolencia,
 si el amo y escudero o mayordomo
 son tan rocines como Rocinante?

Realcemos antes de nada que el «Metafísico estáis» de Babieca *no* constituye primariamente un comentario a la observación que acaba de lanzar Rocinante: aun manteniendo la mínima ilación, no enlaza tanto con ella cuanto abre un nuevo capitulillo volviendo al punto de partida y al *leitmotiv* del poema. L. E. Palacios presume que el caballo de don Quijote «se pone metafísico discurrendo sobre el amor, y ante el frenesí de los enamorados deja caer su sentencioso dicho». El maestro Correas atestigua que en ocasiones se musitaba «Es cosa muy metafísica» ante alguna «muy oscura de entender». Pero convingamos en que el aserto ‘amar no es gran prudencia’ está a cien lenguas de «aquellos metafísicos concetos» propios «de los que cantan la hermosura / o el rigor de sus ninfas en sonetos», a cien leguas de los «metafísicos secretos» que «tiene el amor». ¹¹ Hacia agosto de 1604, cuando debió de componerse el «Diálogo», a nadie se le ocurriría allegar una declaración tan elemental al «estilo galán y metafísico» que entonces retoñaba, ¹² para desgracia de la literatura española.

Con la concatenación que presuponen Palacios y, por defecto, la generalidad del cervantismo, la apostilla de Babieca podría sustituirse *grosso modo* por otra expresión más frecuente y que sin duda se trasluce por debajo. Cuando Sancho asevera «que esta que llaman Fortuna es una mujer borracha y antojadiza», don Quijote salta admirado y guasón: «Muy *filósofo* estás, Sancho..., muy a lo discreto hablas» (II, 56, fol. 254).

¹¹ Son citas, respectivamente, de Bartolomé Leonardo de Argensola, *Rimas*, ed. J. M. Blecua, Madrid, 1974, I, pág. 160, y de Lope de Vega, *El divino africano*, en *Décima octava parte...*, Madrid, 1623, fol. 55^v.

¹² Remito a los tercetos de *La Arcadia* lopeveguesca, ed. E. S. Morby, Madrid, 1975, pág. 195, y a las insuperables páginas de don Ramón Menéndez Pidal, *La lengua castellana en el siglo XVII*, Madrid, 1991.

Cuando un personaje del *Persiles* asegura que «entre los ricos y los pobres no puede haber amistad duradera», otro le corta decidido: «*Filósofo estás*, Clodio...» (II, 5, fol. 71).¹³ Es un modo de decir que Sancho y Clodio, entrando en «razones de filosofía», como tal vez los pastores de *La Galatea*, «se levantan a más que a tratar cosas del campo» o acordes con «su acostumbrada llaneza» (Prólogo, fol. ¶7).

Pero Rocinante no se ha encumbrado ni un palmo, y si remplazáramos «metafísico» por *filósofo* la elegante agudeza cervantina se nos escaparía irremisiblemente, porque «metafísico» no es aquí solamente una variedad o una mera ponderación de *filósofo*,¹⁴ sino que tiene una entidad intransferible. De hecho, en primera instancia, la función de «Metafísico estás» consiste en reproducir, para al mismo tiempo encarecerlo y dilatarlo, el «estáis ... delgado» del arranque.

La razón es diáfana. Desde la Edad Media, cuando adquirió la fisonomía con que la alcanza Cervantes, la metafísica tuvo siempre a la sutileza como cualidad especialmente distintiva, hasta el extremo de que *metafísico* y *sutil* se dieron la mano tan asiduamente, que terminaron poco menos que en sinónimos.¹⁵ Don Juan Manuel se disculpaba ya por tratar «cosas non

¹³ En *La entretenida* (III, fol. 184), la variante de *filósofo estás* tiene probablemente un blanco menos genérico. Don Francisco ha razonado que «la suerte de los mortales» discurre «entre bienes y entre males»; y añade: «Esta verdad sé bien yo, / sin que en probarla porfíe: / ayer lloraba el que hoy ríe / y hoy llora el que ayer rió». El comentario de don Antonio («¡Oh, qué *filósofo* vienes...!») mira ahí en concreto al motivo tradicional de un *Democritus ridens* y un *Heraclitus flens*. Vid. «Los filósofos de Velázquez, o el gran teatro del mundo», en mi libro *Figuras con paisaje*, Barcelona, 1994, págs. 69-97, con bibliografía.

¹⁴ Sí lo es, a todas luces, en *El médico de su honra*, versos 545-546 («¡Qué lisonjero os escucho! / Muy metafísico estás»), según la corrección de Vera Tassis, sin duda acertada (en el parlamento anterior, precisa don Gutierre: «escúchame un *argumento*, «*Aplicú* agora...»), frente al *paralífico* de las primeras ediciones, que C. A. Jones (Oxford, 1965², pág. 21) enmienda en *parabólico*.

¹⁵ Según el *Diccionario de Autoridades*, *metafísico* «se toma, por alusión, por el modo de discurrir con demasiada sutileza en cualquier materia, o por las mismas cosas así discurridas».

... muy *sotiles*, así como si yo —contraponía— fablase de la sciencia de teología o *metafísica* ... o otras sciencias muy *sotiles*.¹⁶ Desde entonces, los ejemplos castellanos son incontables. Recomienda Bartolomé Leonardo:

Ni *sutilices* mucho con el arte
 las congojas que amor «finezas» llama,
 si esperas en su gusto acreditarte:
 no las describe el que de veras ama
 con pluma *metafísica*...¹⁷

El Padre Arbiol está convencido de que «los maestros de *metafísico* talento aprovechan poco a sus discípulos, porque con su misma *subtilidad* los confunden», y Jarque se duele de que muchos «van a los sermones en busca de *sutilezas metafísicas* ... y bachillerías». ¹⁸ Con paciencia, la lista podría prolongarse hasta Martínez de la Rosa («¡Dejad a metafísicos sutiles / la nimia exactitud!»)¹⁹ y, de valer la pena, hasta nuestros mismísimos días.

Pero, naturalmente, el sentido primigenio del latín *subtilis* y su descendencia romance es el material, ‘delgado, delicado, tenue’, mientras el intelectual, ‘agudo, perspicaz, ingenioso’, viene solo en segundo lugar (así, aún, para la Real Academia Española), como acepción derivada. Hoy seguimos repitiendo que tal o cual sujeto *despunta de agudo*, y reconocemos la polisemia en que se apoya la frase, pero hemos olvidado el valor palpable de *sutil*. En cambio, cuando don Quijote advierte que los «contrapuntos ... se suelen quebrar de sotiles» (II, 26, fol. 100^v), tiene perfecta conciencia de usar el verbo

¹⁶ *El conde Lucanor*, ed. G. Serés, Barcelona, 1994, pág. 227; cf. F. Rico, «Crítica del texto y modelos de cultura en el *Prólogo general* de don Juan Manuel», *Studia in honorem prof. M. de Riquer*, I (Barcelona, 1986), págs. 409-423.

¹⁷ Ed. J. M. Blecua, II, pág. 79.

¹⁸ Antonio Arbiol, *Desengaños místicos...*, Zaragoza, 1706, pág. 312a; Juan Antonio Jarque, *El orador cristiano... Parte primera*, I (Zaragoza, 1657), pág. 385a.

¹⁹ *Obras*, I (París, 1827), pág. 24.

metafóricamente, aprovechando uno de los dos valores —justamente el que en rigor no viene al caso— del adjetivo dilógico.

Juego similar, aunque al cuadrado, ocurre ahora. Puesto que *sutil* significa 'delgado' y *metafísico* es gemelo de *sutil*, claro está que cuando Babieca llama «metafísico» a Rocinante está describiéndolo como 'delgado'. Es, reitero, una vuelta al punto de partida. Babieca había preguntado por la causa de un hecho evidente: «¿Cómo *estáis*, Rocinante, tan *delgado*?» Ya informado, reprochaba al penco que se permitiera «ultrajar» a don Quijote, a la vez que insistía, y con igual disposición sintáctica, en el mismo dato objetivo del principio: «*estáis* muy *mal criado*». Insistía, digo, porque es necesario reparar en que la frase no mira solo a los modales, sino también, accesoriamente, al físico del rocín: «mal criado» es 'mal educado' y además 'mal alimentado, mal tratado' (y por ende en los huesos), de acuerdo con el comunísimo empleo de *criar* en el sentido de 'nutrir a un niño' y 'cuidar y cebar aves u otros animales'. La formulación paralela da la clave para dilucidar el espinoso «Metafísico *estáis*» a la luz del cristalino «*estáis* ... *delgado*» y el «*estáis* ... *mal criado*» un pelo difícil. La prueba del nueve nos la brindan las réplicas asimismo correlativas de Rocinante: «Porque nunca se come...», «Es que no como».

A nadie sorprenderá que el donaire reaparezca y se enmarañe en ingenios enfermizamente apegados al artificio conceptual. Cervantes había construido el verso sin echar mano de ninguna noción ni asociación que no fuera de curso corriente, y fiaba el desciframiento de «metafísico» a la correspondencia con el «delgado» que antes había aducido de modo prominente. Gracián nos intriga primero con el recurso insólito a la palabra y únicamente *después* nos revela su alcance al emparejarla con el (medio) sinónimo que veíamos: «Al paso que el engaño anda *metafísico*, también la cautela *sutil* vale a los alcances...»²⁰ Quevedo, en uno de tantos ejercicios de ensañamiento a cubierto, ahora «A una mujer flaca», deja atrás la simple equiva-

²⁰ *El Criticón*, ed. M. Romera Navarro, Philadelphia, 1939, II, pág. 254. La nota muestra que el laborioso editor no entendió aquí el texto.

lencia de los dos adjetivos y desplaza uno a favor de la mención expresa del *Doctor subtilis*, el metafísico y teólogo por excelencia:

...que si va por lo flaco, tenéis voto
de que sois más sutil que lo fue Escoto.

Años más tarde, probablemente en una época en que bastaba ver «algún rocín flaco» para exclamar «¡Allí va Rocinante!» (II, 3, fol. 12), reincidía en el chiste, a costa de una cabalgadura, sin que tampoco esta vez, como otras mil, supiera resistirse a la tentación de explicar la gracia, no fuera a ser que alguno se quedara sin admirar el caletre del autor:

Iba en Escoto, mi haca,
a quien tal nombre se puso
porque se parece al mismo
en lo sutil y lo agudo.²¹

Si «Metafísico estáis» mantiene solo un ligerísimo nexo con la trivial afirmación recién hecha por Rocinante, y más bien retoma el hilo del primer endecasílabo, para remachar principalmente el sema de 'escualidez', sin atender apenas al de 'sutilidad', el «Es que no como» de la respuesta sí se hace cargo de la doble significación de la palabra, de forma que convierte en piropero el dardo de Babieca. 'Cierto', viene a decir el jamelgo, 'estoy demacrado' (*sutil*, en la acepción física), 'pero, por ello mismo, también lúcido y perspicaz' (*sutil*, en la acepción intelectual).

A tal interpretación nos conduce sin sombra de violencia la lengua de la época, con un refrán universalmente sabido («la hambre dicen que el ingenio aguza», rimaba Quevedo)²² y sus-

²¹ Cito «A una mujer flaca» e «Itinerario de Madrid a su Torre» por la gran edición de don José Manuel Blecua, *Obra poética*, Madrid, 1969-1981, núms. 620 y 751. Increíblemente, J. O. Crosby, ed. *Sueños y discursos*, Madrid, 1993, pág. 1295, confunde a Juan Duns Escoto con «Escoto el Italiano».

²² «Despídese de la ambición y de la Corte», en *Poesía original*, núm. 572, verso 10. La forma que trae Correas es «La hambre despierta el ingenio».

tentado e ilustrado por expertos tan conspicuos como Lázaro de Tormes: «Como la necesidad sea tan gran maestra, viéndome con tanta siempre, noche y día estaba pensando la manera que ternía en substentar el vivir; y pienso ... que me era la luz la hambre, pues dicen que el ingenio con ella se avisa, y al contrario con la hartura».²³ Para corroborar que la asociación de 'hambre' e 'ingenio, sutileza', a través del proverbio (y verosímilmente con vivas reminiscencias del *Lazarillo*), se le ofrecía a Cervantes con toda naturalidad, nos es suficiente abrir el *Viaje del Parnaso* (I, 130-133, fol. 3^v):

Adiós, *hambre sutil* de algún hidalgo,
que por no verme ante tus puertas muerto
hoy de mi patria y de mí mismo salgo.²⁴

Las connotaciones jocosas del verso, sin embargo, no se agotan en la indicada disemia ni en el corolario sobre las virtudes del ayuno. Con hache, como pide la etimología (*hékhtikós*), o sin hache, como siempre se lee en Cervantes,²⁵ (*h*)ético ha circulado de antiguo en castellano (y circula aún: tímidamente en la Península, corajudo en América) con la significación de 'tísico', 'demacrado y consumido (como un tuberculoso, como un enfermo)'. «Pasando a caso un religioso muy gordo por donde el [Licenciado Vidriera] estaba, dijo uno de sus oyentes: 'De ético no se puede mover el padre'» (fol. 124). Pero supuesto que la voz, inevitablemente, se prestaba a ser interpretada como *ético* (*êthikós*), según acabamos de verificar en las *Novelas ejemplares* (no en balde se habla de «un religioso»),²⁶ creo preciso

²³ *Lazarillo de Tormes*, ed. F. Rico, Madrid, 1987, pág. 62 (y n. 75).

²⁴ La resonancia del *Lazarillo* se escucha, no ya en la elección del «hidalgo» como paradigma de «hambre sutil», sino particularmente en la circunstancia de huir de la «patria» para no decaer de clase y quedar humillado a ojos de los convecinos. Vid. *Lazarillo de Tormes*, ed. cit., pág. 104*.

²⁵ A los lugares en seguida citados, añádase *La Galatea*, II, fol. 112^v: «ya estáis éticos de amor, enfermedad al parecer incurable...»

²⁶ En la misma dirección, es célebre la «habla ética» del hipócrita Cabra (F. de Quevedo, *La vida del Buscón*, ed. F. Cabo Aseguinolaza, Barcelona, 1993, pág. 67; por excepción en tan sólido trabajo, la nota no está bien orientada);

inferir que la broma de Babieca tiene todavía un ámbito mayor del que llevamos acotado. 'Estáis tan sutil, tan delgado', ha de entender Rocinante, 'que más que *ético* se puede decir que estáis *metafísico*'.

La propuesta quizá pareciera demasiado atrevida, si no contara con el respaldo tajante del *Diccionario de Autoridades*, donde, tras garantizárenos que «por semejanza se llama [*bética*] cualquier cosa que está muy flaca y desmedrada», el primer ejemplo que se alega es ni más ni menos que «mula hética». Que el adjetivo, efectivamente, hubo de aplicarse con frecuencia a solípedos escuchimizados se deja comprobar no solo con otros textos (Pablos de Segovia salió de rey de gallos «en un caballo ético y mustio»),²⁷ sino con el más autorizado de los testimonios. Pues la única vez que el término se registra en el *Quijote* es justamente a cuenta de nuestro protagonista: «Estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan *ético* confirmado, que mostraba bien al descubierto con cuánta advertencia y propiedad se le había puesto el nombre...» (I, 9, fol. 33).

'No estáis meramente *ético*, como suele decirse de las caballerías entecas', postula por tanto Babieca: 'vos, Rocinante, ocupáis un grado más alto en la escala de la filosofía, entráis en el terreno de la *metafísica*, y por buenos motivos, pues, de tan delgado, casi sois ya esencia pura'. La *Ratio* de los jesuitas y otros programas de estudios jerarquizaban las enseñanzas filosóficas partiendo de la lógica, continuando por la ética y llegando al cabo a la metafísica. Pasara o no por las aulas de la Compañía, el novelista no podía ignorarlo. Pero si un dato hay tan capital cuanto inadvertido en el pensamiento de Cervantes, ese es sin duda el apego por Aristóteles («In rebus alicuius

otros casos más recónditos, en el utilísimo *Vocabulario completo de Lope de Vega*, Madrid, 1971, de Carlos Fernández Gómez, pág. 1164.

²⁷ F. de Quevedo, *La vida del Buscón*, ed. F. Lázaro Carreter, Salamanca, 1965, pág. 26 (según la *princeps* y los manuscritos S y C). El uso llega a Pío Baroja («...tirada por dos caballos héticos, cubiertos con gualdrapas amarillas»; *Las tragedias grotescas*, xx), mientras en la Castilla rural sigue hablándose, por ejemplo, de «ovejas héticas y pelléticas» ('perléticas').

momenti ab Aristotele non recedam»,²⁸ debía de decirse también él), a quien había leído con atención, recurre a menudo y a todas luces siente como congenial y cercano (habrá que mostrarlo por largo en otra ocasión). Según ello, al poner al *metafísico* Rocinante por encima del vulgar matalón *ético*, el escritor pensaría menos en los currículos escolares que en el propio canon aristotélico y en la tradicional valoración de la metafísica como cima especulativa del Estagirita.

No cabía cerrar el círculo con mayor soltura: Rocinante está «metafísico», vale decir, ‘sutil’, por «delgado» (y por «mal criado»), y ‘sutil’, echándolo a buena parte, porque el hambre aguzza el ingenio («Es que no como»); pero, asimismo, está tan, tan ‘escuchimizado’, que no se queda en *ético*, antes se alza a «metafísico», a seca abstracción. Tal es el sentido, el encadenamiento de sentidos, que el autor concertó grácilmente en el estupendo endecasílabo. No es, desde luego, el significado que acogió la posteridad. El verso tiene la perfección semántica de un silogismo; no obstante, si se ha puesto en las puertas de la proverbialización es por haberse malentendido como enunciado en apariencia incongruente, pero provisto, eso sí, de una congruencia última.

En una perspectiva distinta de la cervantina, la vinculación de ‘metafísica’ y ‘ayuno’ es ciertamente para fascinar. «El contraste entre nuestra vocación hacia el más allá, entre nuestra grandeza moral de seres que no morirán nunca, y la condición en que nos hace vivir el cuerpo, con el cuidado principal de llenar la andorga —escribía a nuestro propósito L. E. Palacios—, es una de las fuentes mayores de lo cómico». A primera vista —ha dictaminado la tradición—, la gracia está, por ahí, en que nada tiene que ver el culo con las témporas. Pero, bien mirado —ha seguido diciéndose, avalada por el silencio de los cervantistas—, hay mucha verdad en esa supuesta incoherencia: quien se enmaraña en la teoría, será porque no sabe o no puede habérselas con la práctica. Así, la afirmación de Babieca, sobre todo, ha entrado en la lengua para ser utilizada chistosamente

²⁸ *Ratio atque Institutio studiorum Societatis Iesu*, Roma, 1616, pág. 68.

como una llamada a la realidad, cuando uno se barrunta que la apelación a las ideas sublimes nace de la incapacidad de resolver determinados problemas a ras de tierra o bien busca encubrirlos o soslayarlos.

No necesitamos tener presente la revuelta trama de *Lo vivo y lo pintado*, de Bretón de los Herreros, para presumir por dónde van los tiros cuando Felisa, enmascarada, razona prolijamente cierto dilema (III, 8), y Beatriz, en un aparte, acota:

¡Qué metafísica está!
Muy fea debe de ser.²⁹

Ni tenemos que extraer sino unas cuantas líneas, para no perdernos un momento vital en el planteamiento, arquetípicamente benaventino, de *Buena boda* (I, 3):

—... Los hombres, en general, y las mujeres, en particular, prefieren ser admiradas por sus defectos a serlo por sus virtudes... Y se comprende... ¡La virtud se admira, porque es virtud... donde se encuentra, y los defectos solo donde se ama!

—¡Metafísico estás!

—No tengo un cuarto...

O, en fin, en el «Sueño de la evolución», de Marco Fidel Suárez, mientras oímos a Aníbal Montemar damos por bueno que sobrelleva contento los sinsabores que le ha deparado «la negra afición a los asuntos públicos», porque para él lo importante es «pensar solo en la patria imperecedera», pero nos quedamos con la mosca detrás de la oreja cuando después comenta Luciano: «Metafísico estás, amigo...»³⁰

El Presidente de Colombia divagaba a su aire, sin cortapisa

²⁹ Véase también *La escuela de las casadas*, III, 9: «—No arguyes de buena fe, / aunque estás muy metafísica...»

³⁰ M. F. Suárez, *Sueños de Luciano Pulgar*, ed. J. J. Ortega Torres *et al.*, IV (Bogotá, 1941), págs. 108-109; y vid. IX (1945), pág. 230: «—Yo, a mi turno, te diré también que metafísico estás. -No ando metafísico, sino muy físico».

alguna, pero Bretón y don Jacinto se debían al público y sabían que ningún espectador, recordara o no el *Quijote*, dejaría de reconocer la frase hecha y descifrarla correctamente: como un parapeto frente a las cortinas de humo de la grandilocuencia, como una invitación a volver los ojos al suelo. Es, en efecto, el uso más común de la cita, vuelta ya moneda de todos los bolsillos. Pero el dialoguillo de Babieca y Rocinante suele también salir de labios hispanos, no para denunciar la falta de adecuación entre palabras y hechos, sino, por el contrario, para establecer entre dos datos más o menos dispares una concatenación literal calcada de la que erróneamente se cree hallar en el *Quijote*. 'Eso es soltar monsergas, en lugar de coger el toro por los cuernos', se implicaba en los ejemplos anteriores. 'Sí, es cierto, el no comer desemboca naturalmente en la metafísica', viene a concederse otras veces.

Entre los colaboradores de *Fresa y chocolate*, la buena película de Tomás Gutiérrez Alea (1994), figura un *Grupo de creación ROCINANTE-«Metafísico estáis...»*. Ignoro si quienes lo forman se bautizaron así para insinuar una crítica particular o dar fe de un hecho general: como fuera, es obvio que, alejándose de Cervantes solo en un discreto desplazamiento, estaban proclamando que entre el ejercicio intelectual y la dura vida del artista (en Cuba o en cualquier parte) existe una relación fatal. En *La de los tristes destinos*, Santiago Ibero rabia por perder de vista «el horrible matadero» que ha sido Alcolea y vivir con Teresa abdicando «toda ilusión de grandezas políticas y militares» (XXXI, XXXVIII). «¿Atribuyes tu cambio al amor, a los espíritus?», inquiera Tarfe.

—Los espíritus son los mensajeros del amor, señor don Manuel.... Su misión es propagar la ley de amor en todo el Universo...

—Metafísico estás... ¡Ja, ja, ja!

—Es que el espanto de la guerra civil me ha trastornado... (XXXI)

'No es retórica vacía', podríamos parafrasear ahora (notando o sin notar las referencias cervantinas: el apellido de *Tarfe*, la

mención del *amor*, el enlace con un *Es que...*), 'hay excelentes razones para pensar y hablar como lo hago'.

Cuando nuestro endecasílabo sirve de pauta para proyectar sobre otros dos elementos la conexión que se supone en el original, claro está que normalmente se impone retocarlo. Valga una rápida muestra. Octavio Paz dedica a Eulalio Ferrer y a «La Dulcinea de Marcel Duchamp» un airoso soneto cuyo epígrafe reza: «—Metafísica estáis. —Hago *striptease*». La dama del pintor y del poeta se ha vuelto «inhumano / rigor y geometría»: en «la mente», en un *striptease* radical, «mientras más se desviste, más se niega»; «invisible en el cuadro», Aldonza «fue mujer y ya es idea»,³¹ metafísica es. En *La revolución de julio* (xvi), Tulesforo del Portillo, alias «Sebo», va tomándole el tiento a las nuevas circunstancias y se arriesga a saludar «a la Reina del mundo, que es la Libertad»:

—Revolucionario estáis, amigo «Sebo» —se sorprende el narrador—.

—Es que no como; es que once reales al día dan poco de sí, excelentísimo señor, y una de dos: o las revoluciones no sirven para nada, o sirven para que el español un poco listo ponga unos garbanzos más en el puchero, y si a mano viene, una pata de gallina...

La perfecta consecuencia entre 'metafísica' y *striptease*, entre 'revolución' y olla escasa, es imagen de una trabazón que el texto del *Quijote* de hecho no tiene.

El pasaje galdosiano, por otra parte, sirve para ponernos sobre aviso de que no podía faltar quien, sumando la incongruencia y la congruencia que habitualmente se le atribuyen, convirtiera la línea que nos ocupa en un espejo tópico de la historia española. Para Madariaga, así, la conjunción de los ingredientes que sabemos, tal como en principio suenan, dota al «verso de una fuerza satírica tan explosiva, que cubre a lo

³¹ *Apud* Antonio Rodríguez, *Museo iconográfico del «Quijote»*, Fundación Cervantina Eulalio Ferrer, México, 1987, pág. 102.

menos dos siglos de toda España». ³² Podemos imaginar en qué pensaba don Salvador: la mística y la picaresca, los absolutos de la teocracia y la bancarrota de la hacienda pública, don Quijote y Sancho...

No me he visto con ánimo de perseguir los posibles rastros del «Metafísico estáis» en otras plumas más o menos proclives, desde unas o desde otras trincheras, a las lucubraciones por ese estilo.³³ Sospecho que habrán sido bastantes, pero por el momento, sin indagación especial, se me viene a la memoria de posguerra un «Discurso sobre la revolución española» pronunciado por José Antonio Primo de Rivera, en mayo de 1935, y cuyo párrafo más aventado durante decenios declaraba: «Nosotros amamos a España porque no nos gusta». Son las insuficiencias, la «ruina» y la «decadencia de nuestra España física de ahora», las que espolean el patriotismo de los falangistas: por ellas, «nosotros amamos a la eterna e incommovible metafísica de España». ³⁴ Esa «metafísica» va ahí demasiado cerca y depende demasiado de las visiones negativas («*porque no nos gusta*»), de las evocaciones de la miseria y la penuria, para no presumir que está en deuda con el soneto de Babioca y Rocinante. Leyendo «Apología y petición» (1960) en *Moralidades* o en *Las personas del verbo*, podríamos preguntarnos si Jaime Gil de Biedma lo tiene o no lo tiene en mente:

¿Y qué decir de nuestra madre España,
este país de todos los demonios,
en donde el mal gobierno, la pobreza

³² S. de Madariaga, ed. *Don Quijote*, Buenos Aires, 1962, pág. 57, nota 26.

³³ O por otros análogos: «Rocinante..., por no comer, estaba *metafísico*. Es decir, señores, que cuando Don Quijote pierde la fe en su cabalgadura, que es la Metafísica andando, deja de ser caballero andante...» (A. Bonilla y San Martín, *Don Quijote y el pensamiento español*, Madrid, 1905, pág. 22).

³⁴ Últimamente en Miguel Primo de Rivera y Urquijo, *Papeles póstumos de José Antonio*, Barcelona, 1996, pág. 279. Debo la localización de la cita a mi viejo amigo Rafael Borrás; ni él ni yo, ni siquiera Andrés Trapiello, recordamos en cambio quién lo refundió en un endecasílabo: «la eterna metafísica de España».

no son, sin más, pobreza y mal gobierno,
sino un estado místico del hombre,
la absolución final de nuestra historia?

El arranque del poema nos previene contra cualquier tentación de traducir dos o diez «siglos de toda España» a una santa alianza de «pobreza» y «estado místico», pero en definitiva nos deja con dudas. El ir y venir de las palabras-rima nos trae después claves más explícitas:

Quiero creer que nuestro mal gobierno
es un vulgar negocio de los hombres
y no una *metafísica*, que España
debe y puede salir de la *pobreza*,
que es tiempo aún para cambiar su historia,
antes que se la lleven los demonios...

Pero tampoco sería ningún disparate pensar que el venablo se disparaba ahora contra el propio José Antonio (como en «El arquitrabe», de *Compañeros de viaje*, se lanza contra un correccionario suyo). Solo cuando volvemos a la primera edición de la sextina, en *Cuatro poemas morales* (Barcelona, sin año), y comprobamos que el epígrafe, suprimido en las posteriores, es precisamente el verso cervantino en cuestión, ganamos la certeza de que «Apología y petición», eche o no eche además una mirada a los mitos de la Falange, está asimismo impugando las exégesis de «Metafísico estáis...» orientadas por los derroteros de Madariaga.³⁵

³⁵ Por ello, para evitar que el poema se tomara en el pronto como una confirmación de tales exégesis, el autor, con buen criterio, prescindió después del epígrafe. Por otro lado, creo que Jaime Gil tenía presente el final del prólogo de Jaime Vicens Vives a la segunda edición de *Aproximación a la historia de España*, Barcelona, 1960, pág. 25: «es muy dudoso que España sea un enigma histórico, como opina Sánchez Albornoz, o un vivir desviviéndose, como afirma su antagonista. Demasiada angustia unamuniana para una comunidad mediterránea, con problemas muy concretos, reducidos y 'epocales': los de procurar un modesto pero digno pasar a sus treinta millones de habitantes». No me extrañaría que también a Vicens le bailara por la cabeza el verso de Cervantes.

A quien haya apechugado con las páginas que anteceden, difícilmente habrá dejado de venirle a las mientes algún caso que converge con los ojeados hasta aquí en comprobar que nuestro endecasílabo corre por la lengua y por la literatura con un sentido harto diverso del que tiene en el *Quijote* (y si por azar no se le ha venido en forma de cita, le bastará apelar a su personal competencia y experiencia de hispanohablante). Tres cuartos de lo mismo le sucederá con los otros *loci* proverbializados, fiel o infielmente, en la letra, en el espíritu o en ambos, que he recordado yo al comienzo o quiera él añadir.

Claro es que fragmentos como esos no plantean un problema demasiado distinto del anejo a cualquier vocablo (o sintagma, o ingrediente mayor) que aparezca en una obra de antaño con un alcance diferente del moderno: con un pequeño esfuerzo, el lector advertido desecha el valor anacrónico de la voz y lo reemplaza por el correspondiente en la obra de marras. Pero importa no perder de vista que ese esfuerzo, por ligero que sea, es poco menos que irremediable. Con la controvertible excepción de tal o cual especialista (toda una María Rosa Lida no lograba sustraerse a la «nota de cómica incongruencia» que el epíteto en rima introduce «entre las solemnes vetusteces» alineadas por Juan de Mena en la copla 266 del *Laberinto de Fortuna*: «los bravos leones, / cuando el ayuno les da grandes fambres, / comen las carnes heladas, *fiambres...*»),³⁶ el lector no puede evitar que su conciencia lingüística espontánea le ofrezca primero el sentido para él más común, y solo después el adiestramiento adquirido le dicte la 'traducción' oportuna. O es así o estamos ante la caricatura del dantista forastero que se mueve por Florencia sin más abasto que el italiano de la *Commedia* (o, peor, de la *Comedia*): a quien posee como propio el español de hoy, la doble vara de medir le es imprescindible para habérselas con el de ayer.

Para el lector instruido, el quid, manifiesto, del asunto reside en discernir entre varias significaciones que se le presentan simultáneamente, no en el irrealizable intento de descartar por

³⁶ M. R. Lida de Malkiel, *Juan de Mena, poeta del Prerrenacimiento español*, México, 1950, pág. 322.

entero la inadecuada al texto antiguo. Pero también viceversa, desde luego. Debemos saber que *lugar*, en el pórtico del *Ingenioso hidalgo*, designa una determinada entidad de población, pero también debemos olvidarnos del dato y hacer nuestra la errada e indeleble interpretación popular, si hemos de entender, digamos, de qué habla un abrumado chupatintas de «Forger», al lanzarse a un monólogo que empieza «En un lugar del estado del bienestar, de cuyo nombre no quiero acordarme, hace algún tiempo que supervive un oficial segundo administrativo», etc., etc.³⁷ No es tolerable que un editor del *Quijote* deslice en las notas, y para colmo entre comillas, el giro «desfacer el entuerto»;³⁸ pero bien está que Julio Caro Baroja opine que los rimadores de cordel no distinguen «entre criminal fiero y reparador de entuertos».³⁹ O, en fin, por salir de los ejemplos apuntados al principio, nos gustará más o menos que Alejo Carpentier escriba «Las del alba serían cuando cené con Gaspar...»,⁴⁰ pero así se ha fosilizado definitivamente la construcción, sin referencia alguna al sustantivo que fluctúa entre los capítulos tercero y cuarto del *Ingenioso hidalgo*, y así tenemos que aceptarla.

Los párrafos anteriores, de puro elementales, rayan en la perogrullada. No podemos leer en el *Quijote* los retazos del *Quijote* que han pasado al español de todos sin superponer los sentidos que tienen dentro del libro y fuera del libro: nos lo impone la lengua, y no sé si la naturaleza. Pero nos conviene no descuidar que si por la lengua circulan retazos del *Quijote* con variable fidelidad al original, en la cultura y en la sociedad circulan análogamente imágenes, ideas, claves del

³⁷ En *El País*, Madrid, 23 de abril de 1997, pág. 12. No tengo a mano la crónica (de un crimen pascualduarteño) que se abría con las palabras «En un lugar de Extremadura...».

³⁸ Así F. Sevilla Arroyo y A. Rey Hazas, Madrid, Alianza Editorial, 1996, pág. 74, n. 10.

³⁹ J. Caro Baroja, *Ensayo sobre la literatura de cordel*, Madrid, 1969, pág. 103.

⁴⁰ *La consagración de la primavera*, I, 10, en *Obras completas*, VII, pág. 116. Veáanse en las *Actas* citadas arriba (n. 3), pág. 820, n. 9, otros casos en que el finísimo Carpentier emplea la acuñación al lado de *hora(s)*.

Quijote todo, a veces casi tan firmes como las citas lexicalizadas: y tampoco podemos desprendernos de ellas.

Iría por los doscientos años que nadie debe de haberse puesto al *Quijote* con inocencia adánica, sin mediaciones ni pautas: sin saber, en suma, que va a leer «el *Quijote*». Ni el folletín más abyecto se acomete sin prejuicios e hipótesis de lectura, pero un clásico es precisamente eso: un libro que vive en el texto y más allá del texto, en el horizonte de una comunidad; que conserva durante siglos una sólida aunque cambiante presencia pública, y que por ello mismo se conoce en una medida nada baladí sin necesidad de haberlo leído (la *Eneida* fue un clásico antes incluso de ser compuesta) y no se lee sin interpretaciones previas.

Las fuentes de tales interpretaciones pueden ser los mejores caletres de un país o los pinceles más superficiales de otro, pasar por la escuela, los cuarteles o los cafés, pero los resultados a menudo compiten en eficacia. Notaba certeramente Unamuno que Shakespeare hace decir a la reina que Hamlet «está gordo y es escaso de aliento... ¿Y quién se representa ni pinta a Hamlet gordo? ... ¿Quién reconocería a Sancho si se le pintase con largas zancas? Y, sin embargo, cuenta Cervantes que entre las pinturas que adornaban el manuscrito de Cide Hamete Benengeli retrataba una la batalla de Don Quijote con el vizcaíno, y a los pies de Panza decía: *Sancho Zancas* porque 'debía de ser que tenía, a lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas...'⁴¹

Es verdad. Entramos usualmente en el *Quijote* llevando ya

⁴¹ «El Caballero de la Triste Figura. Ensayo iconológico», en *Obras completas*, ed. cit., III, págs. 375-376 (ni quito ni pongo, por supuesto, en el sentido de *fat* en la escena II, verso 285, del acto V de *Hamlet*, pero sí estoy convencido de que las inacabables discusiones al propósito no se habrían planteado fuera de unas coordenadas similares a las que estoy esbozando). No toca el punto, pero está lleno de preciosos comentarios sobre otros afines, E. C. Riley, «*Don Quixote*: from Text to Icon», *Cervantes*, Special Issue, invierno de 1988, págs. 103-115 (y versión española, revisada, en sus *Ensayos cervantinos*, Barcelona, Crítica, en prensa); muchos sumamente agudos hace Francisco Ayala en «La invención del *Quijote*», ahora en *Las plumas del fénix. Estudios de literatura española*, Madrid, 1989, págs. 132-133, etc.

en la cabeza la estampa de un Sancho patiocorto, y al llegar al noveno capítulo de la Primera parte (fol. 33) y toparnos con la descripción recién copiada, por fuerza hemos de confrontar la una con la otra. Podemos hacer nuestra esa «pintura» y en adelante imaginar zanquilargo al escudero; podemos repudiarla por completo, como uno de tantos testimonios sospechosos, mentirosos o apócrifos que se allegan a lo largo del relato, y atenernos, en definitiva, a la silueta que entreveíamos antes de abrir el *Ingenioso hidalgo*; o podemos quedarnos indecisos y esperar (en vano) de la novela una confirmación posterior.⁴² Pero, como fuere, si leemos con una mínima atención, nos es ineludible realizar un careo entre el Sancho del texto y el Sancho del contexto.

El ejemplo es nimio, pero confío en que también elocuente. Un clásico, y el nuestro por encima de cualquier otro, lo es porque desborda el texto y puebla de ecos, estereotipos y sugerencias el contexto del idioma, la civilización, la vida. Todas esas transmigraciones del original revierten a su vez sobre el clásico: leemos el texto con infinidad de otros varios filtros, pero regularmente con los del tal contexto. Al tropezar con «Metafísico estáis...», antes de descubrirle el valor que Cervantes y los contemporáneos le concedían, tenemos que franquear la apariencia literal amparada por el castellano moderno, el requerimiento de cordura y congruencia que pide la fraseología, la descabellada visión de España que sueña Madariaga y refuta Jaime Gil... Según sea nuestro bagaje de lengua y literatura, llegaremos (o no llegaremos) a Cervantes a través de más o menos explicaciones interpuestas, pero con todas esas tendremos que enfrentarnos, y en ocasiones no sin provecho.

Especialmente de las vanguardias para acá, la ortodoxia crítica más generalizada ha venido elaborando la fábula de la obra literaria como universo cerrado, autónomo y suficiente, depósito exclusivo de todos los datos para descifrarlo, capaz de dar solo y señero cuenta cabal de sí mismo. Pero la obra literaria no es un imposible discurso sin emisor, código, cana-

⁴² Sirva de muestra la posición de Augustin Redondo, «Tradición carnavalesca y creación literaria. Del personaje de Sancho Panza al episodio de la ínsula Barataria en el *Quijote*», *Bulletin Hispanique*, LXXX (1978), págs. 39-70 (66-67).

les...⁴³ La 'poesía pura' y la 'obra en sí' únicamente existen en tanto objeto de la teoría circunstancial, datable, de la 'poesía pura' y de la 'obra en sí'. Leemos siempre las obras con prólogos y notas, no ya personales, sino colectivos, y los clásicos van necesariamente provistos de una versión propia de los segundos: no tenemos más remedio que establecer el diálogo sincrónico y diacrónico con las estimaciones, las falsillas y los usos, lingüísticos o no lingüísticos, que por definición los acompañan.

Las grandes interpretaciones del *Quijote* son solo un grado, un caso particular de esa evidencia. La vulgata romántica está tan enraizada, que serán contadísimos quienes se asomen al texto sin haberla saludado. De sobra sabemos muchos que anda lejos de responder a la intención del autor y a la recepción de la novela en la España de Felipe III. Pero ¿de verdad podemos leer el *Quijote* por primera vez sin preguntarnos si no contemplaremos ahí «das Reale im Kampf mit den Idealen»? De Schelling, loado sea Dios, ya nadie se acuerda, pero difícilmente habrá quien empiece el *Quijote* sin que le ronde esa idea y lo termine sin echar cuentas con ella, para bien o para mal. (Para bien o para mal, digo, no tanto de la idea como de la lectura.) Cosa semejante ocurre con las demás interpretaciones (o, quizá, facetas y secuelas de la romántica)⁴⁴ cuyo vigor les ha brindado un lugar al sol entre la mayoría de los lectores: forzosamente se nos aparecen tras el texto y en torno al texto, como inseparables satélites del libro. La aludida ortodoxia crítica es por principio incompatible con esas sombras y lejos de los clásicos. Al filólogo de estricta observancia, razonablemente concentrado en recuperar la letra y el sentido originales, le importa descubrirlos solo para postergarlos. Pero sin tenerlos presentes y hacerles justicia no hay modo de entender la realidad histórica de la literatura.

FRANCISCO RICO

⁴³ Remito simplemente a la lúcida exposición de Roger Chartier, en el prólogo a D. F. McKenzie, *La bibliographie et la sociologie des textes*, París, 1991.

⁴⁴ Véase el impagable libro de Anthony Close *The Romantic Approach to «Don Quixote»*, Cambridge, 1977, y los matices que (pr)opongo en «Las dos interpretaciones del *Quijote*», en mi *Breve biblioteca de autores españoles*, Barcelona, 1990 y otras ediciones, capítulo 8.